

PRESENTACIÓN

LUIS FERREIRO
Presidente del I. E. Mounier

Un solo caso de suicidio de una persona cercana provoca un terremoto en nuestras vidas, al presentarse como un escándalo que remueve nuestras conciencias ante una muerte que, a primera vista, se nos antoja absurda y nos arroja a la cara preguntas que no sabemos contestar. ¿Preguntas póstumas que aquel que se ha matado nos dirige o preguntas sobre el sentido de nuestra propia vida y muerte que nunca nos hemos formulado? ¿Por qué se ha matado? Pero también, ¿por qué seguir viviendo? ¿Acaso será cierto aquel aserto de Camus de que «el único problema filosóficamente serio es el suicido», eco de aquel «ser o no ser» de Hamlet?

Problema existencial, personal, pero también problema social porque, como vio Durkheim, hay un componente social que linda con lo impersonal y que influye en la decisión personal de matarse. Como si fuera un experimento para corroborar esas tesis recordemos un caso notable. En el año 2019 la cúpula empresarial de France Telecom fue condenada por acoso moral sobre sus trabajadores, haciéndola co-responsable del suicidio de 19 trabajadores y de 12 intentos fallidos entre 2007 y 2010. Privatizada la empresa estatal, fue un acoso premeditado con el objeto de forzar a 22.000 trabajadores, entre un total de 120.000, a abandonar la empresa. Las condiciones de trabajo degeneraron hasta crear un clima de angustia que fue decisivo para algunos, no ya para abandonar la empresa sino para abandonar sus vidas.

Si ampliamos la escala, la OMS habla de una pandemia suicida que produce cerca de 800.000 casos de muertes al año. En 2020 hubo en España 3941 suicidios, más de 10 cada día, 8,31 por 100.000 habitantes. Es obligado preguntar: ¿qué está pasando?

En la línea de Durkheim las respuestas hay que buscarlas no solo en la psicología, sino también en una sociología y en una antropología de las tinieblas humanas que indaguen en el sentimiento del absurdo y en sus fuentes. Porque es casi seguro que las causas están en una economía implacable, en una sociedad con fuertes tendencias a desarrollar una vida anómica e

impersonal, y en una cultura que coquetea con el absurdo y tiende a romper los fuertes lazos que deben unirlos al gozo de vivir, en lugar de exaltar el valor de la vida.

Sabemos que hay culturas que son más tolerantes que otras al suicidio como algunas orientales. La nuestra no lo ha sido, cayendo incluso en un despiadado rechazo del suicida. Pero la tendencia ha cambiado. Una actitud social apropiada ante el suicidio es un factor que puede evitar muchas muertes. Un enérgico rechazo ético del suicidio no es incompatible con la piedad para el suicida y, sobre todo, para corregir el entorno vital que impele al suicidio.

Según Paul-Louis Landsberg, «el estoico es un hombre que puede morir desde el momento en que la razón se lo mande», con él el suicidio se presenta como una culminación de la libertad y la racionalidad. Por ello, hoy surge la tentación de la permisividad como una apología débil del suicidio, que disimula un individualismo indiferente a la vida de los otros y a la propia. Pero ni es la sublime libertad para «salirse del teatro cuando la obra nos aburre» ni el mandato de la razón la característica contemporánea de los suicidios, sino más bien la irracionalidad, la desesperación y el sentimiento del absurdo.

Por eso hay que volver al sentido más íntimo de la persona como punto de partida para descubrir que tenemos, de hecho, la libertad inmediata para ser inhumanos de la que tenemos que liberarnos. Landsberg así lo reconocía: «El hombre es el ser que puede matarse y que no debe hacerlo». Por ello, a veces, no matarse representa un heroísmo supremo. Pero, ¿desde cuándo y por qué se ha de admitir que el hombre esté hecho para la comodidad y no para la lucha y la resistencia? De ahí que Landsberg defendiera que «la moral cristiana no es una moral del término medio y de la cobardía, sino que nos exige un heroísmo más profundo, más absurdo, en cierto sentido, más intransigente que cualquier otra moral». En un mundo secularizado, acaso ¿no deberíamos salvar esta verdad de la moral cristiana para cualquier otra moral? 